



**DESPEDIDA DE DUELO DE FELIPE RODRIGUEZ  
POR  
RAFAEL HERNANDEZ COLON**

**CAGUAS, PUERTO RICO  
29 DE MAYO DE 1999**

Llegamos a este camposanto acompañados del dolor del pueblo que vibró con las canciones de Felipe, el pueblo que llora su partida, que habrá de guardarlo siempre en su corazón y legará de generación en generación el tesoro musical que recibió de este gran puertorriqueño. Ese tesoro acrecentó nuestro patrimonio cultural imprimiendo razgos indelebles en nuestra manera de ser y disfrutar de lo que somos.

Venimos a depositar en la tierra de este Municipio que le vió nacer a un hombre de una sola pieza, recto en su proceder, respetuoso y respetado, gentil en su trato, con fino sentido del humor, amigo fiel de sus amigos, de implacable sinceridad. A un hombre que persiguió su excelencia en todos sus quehaceres, y que llevó la fama con gran dignidad y con gran humildad.

Venimos con lágrimas en los ojos, a decirle nuestro último adiós al amante esposo de una mujer que le entregó su vida, que le quiso con locura, para quien no hubo límites de sacrificio para cuidarle y atenderle en la larga y penosa agonía que condujo a este triste final. Venimos a acompañar a Carmen, a los hijos, hijas, nietos y nietas y hermanos y sobrinos de Felipe que sufren su partida.

Venimos con dolor pero llenos de esperanza porque sabemos que la vida es una fila interminable de cruces y luces. Sabemos que no hay cruz sin luz y que no hay luz sin cruz. Felipe le cantó al dolor y vivió el dolor con el sentido cristiano de la existencia. Tenemos la certeza de que esta

despedida es un hasta luego, que su fe y sus oraciones y las de todos nosotros le han abierto camino a los brazos amorosos de nuestro Padre misericordioso.

Harán tres años que en el homenaje que le brindó Caguas en sus cincuenta años en la música, hice algunas reflexiones sobre Felipe que he creído oportuno recordar en estas palabras de duelo porque estoy seguro que lo que significó Felipe para mi, lo significó también para miles y miles de puertorriqueños.

Mi juventud coincidió con su época de gloria. La **Ultima Copa** se grabó cuando yo estaba en tercer año de escuela superior. El Puerto Rico de entonces era otro Puerto Rico, pobre, inocente quizás, pero cargado de amor y sentimiento.

La presencia de Felipe en aquellos tiempos era ineludible. Lo escuchábamos en todas partes. Si caminabas hacia la plaza, en cada esquina que había una vellonera, escuchabas su voz. Entre copas y canciones nos acompañaban las guitarras de Los Antares, evocábamos las canciones de nuestros recuerdos y pedíamos que se nos sirviera una copa más. Felipe Rodríguez era un disco de oro en perpetuo, aproximándose a nuestros sentidos desde todas las direcciones.

Eran los años en que las canciones estaban llenas de sentimiento, bien del amor trágico como el del Bardo muerto una noche de luna bajo un cielo de estrellas o el de la niña a quien mataba la amargura porque ella también le amó, o el dolor del pequeñito que sollozaba por la separación de sus padres, o del niño pobre con su carita tierna que se encontraba en la

puerta del niño rico pidiendo amparo porque era día de Reyes y a su casa los Reyes no llegaron.

No fue casualidad que esas canciones fueran grabadas por Felipe. El estaba sintonizado en su alma con el dolor del niño, del enfermo en el tétrico hospital, del amante traicionado, del amigo olvidado.

Felipe interpretó y marcó una época, definió un tiempo con la singularidad de sus canciones. Como todo lo bueno sigue vigente, apreciado no solo por los que le escuchamos entonces, sino por aquellos que le escuchan hoy.

"¿Por qué vivir encadenado, si nuestro amor es imposible?", cantaban las ondas sonoras, mientras nuestros corazones juveniles estaban muy lejos de conocer aquel amor de que cantaba Felipe en "Imposible". Pero sentían la emoción que comunicaba "La Voz" apreciando su hondo significado. Sabíamos, sí, de los cariños pasajeros, de esos lazos pasajeros y de aquello de tener miedo de encontrarte o de volver a empezar. Todavía no nos había llegado el momento de plantarse con 7 1/2 ante el juego de la vida.

Aquella época no puede describirse. Había que vivirla. Vibramos y vibramos todavía con las notas del acordeón de George Kudirka cuando introducía aquello de "Yo te adoro porque sabes ser el secreto de mi inspiración....".

El acordeón le daba un tono bohemio, porteño a aquellas melodías que nos transportaban a remotos lugares como a algún viejo almacén del Paseo de Colón de Buenos Aires. Muchas canciones eran introducidas por

un solo de acordeón como aquella en que la voz de Felipe comunicaba el sentir del amante que le decía a su amada "Amor que por demás eres robado, los dos hemos pecado de este modo, me quieres porque de ti se olvidaron, no saben que tú guardas un tesoro en el divino cofre de tus labios, que cuando besas, ay amor, lo entregas todo".

Era el drama del amor que nos llegaba cantado a través de Felipe, que resonaba por todas partes, dando vueltas como el viejo carrusel.

Su voz rica, varonil, sonora, comunicaba las más hondas emociones del amor trágico. El amor que se vivía en los salones con disimulo y en los cafetines con realidad.

Y todas estas canciones eran él, no eran lo mismo si las cantaba otro. Felipe las matizaba con su voz de una manera particular única, y se iban acomodando en la memoria de una generación que jamás las olvidaría.

El dúo de Felipe con María Esther Pérez Félix nos brindó exquisitas interpretaciones como "Tango Azul". También hizo dúo con Davilita. Caminaban al paso por la barandilla, cantaban a la gaviota sin amor, sin fe, de Rafael, hundida en el misterio azul, la gaviota que al atardecer, cansada y triste de tanto volar, posaba sobre la roca de la soledad, o evocaban la niebla del riachuelo, la niebla del turbio fondeadero de las naves que al morir sueñan, sin embargo, que hacia el mar han de partir, la niebla del pintoresco barrio de la Boca de Buenos Aires donde también se encuentra el caminito a que le cantó Gardel.

¿Quién puede olvidar aquel repicar de requinto y guitarras que introducían las visiones de las ruinas de un viejo campanario en el que

A esos les cantó Felipe. Hoy ellos lo lloran como lo lloramos los que estamos en la Isla. Todos, gracias a Felipe y a tantos otros cantantes y compositores, llevamos un bagaje emocional que constituye la herencia musical de esta patria puertorriqueña. Ese bagaje emocional entraña el significado del verbo, no solo del sonido y la imagen, sino del verbo comunicado por la voz.

Hoy, pues, entregamos a esta tierra bendita a un puertorriqueño que a través de la música enriqueció la cultura de nuestro pueblo, cultura que es expresión de nuestro particular modo de ser y de sentir, cultura que nos cohesiona como pueblo y nos brinda nuestro sentido de identidad. Los tiempos cambian, las culturas son expresión vital y evolucionan como evoluciona la vida. Hoy los puertorriqueños nos sentimos orgullosos de que Ricky Martin aparezca en la portada del TIME Magazine, honor que sólo comparte con otro puertorriqueño, Don Luis Muñoz Marín.

Pero los que vivimos la época de oro de Felipe sabemos que algo nos hace falta. Y los que no la vivieron, sienten que algo les falta pero no saben qué es. Y ese algo es Puerto Rico, el Puerto Rico que nos dió a Felipe, el Puerto Rico cuyos sentimientos interpretó Felipe.

Al decirle adiós, recuerdo aquel Puerto Rico, con nostalgia, pero también con la certeza de que los seres humanos no solo podemos ser testigos de la historia, sino protagonistas también. Que la historia no sólo pasa, sino que también se hace. Recuerdo aquel Puerto Rico con voluntad de recuperación, no de lo que inexorablemente el tiempo se llevó, sino de

las esencias del espíritu puertorriqueño que permanecen adormecidas esperando los trovadores que las evoquen y las hagan renacer.

Al decirle adiós a Felipe, pienso en aquel Puerto Rico entrañable de mi juventud y pienso en mis nietos. Y quiero que cuando crezcan puedan caminar por las calles de nuestros pueblos y meterse en los cafetines y tomarse sus cervezas escuchando música que les llegue al alma; que los amigos que les acompañen no establezcan diferencias entre sí por divisiones políticas; que tampoco las haya en el cariño y en el afecto por ser pobre o rico, católico o protestante, blanco o prieto. Quiero que conozcan un Puerto Rico en el cual se compartan los sentimientos, donde puedan ir y venir a dondequiera con tranquilidad y seguridad, donde se respete la vida y la dignidad de cada puertorriqueño.

Entonces, en ese Puerto Rico que tenemos que recuperar, sentirán la expansión del espíritu con la vibración del requinto y la voz del trovador que les evocará los sentimientos más profundos de su ser.

Y sabrán a plenitud lo que es ser puertorriqueño.

\* \* \* \*